

13° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 08.09.2014

“Tú me has robado el corazón,
hermana mía, esposa,
¡tú me has robado el corazón
con una sola de tus miradas!” (Ct 4,9).

La beata Madre Teresa decía: “A menudo nuestras oraciones no producen resultado porque no fijamos la mente y el corazón en Jesús, a través de quien nuestras oraciones puede subir hasta Dios. A menudo una mirada profundamente fervorosa dirigida a Cristo podría hacer mucho más ferviente la oración. ‘Yo lo miro y él me mira’: es la oración perfecta.”

Así lo entendió el famoso campesino del Cura de Ars que entraba en la iglesia solo para intercambiar una mirada con el Señor.

¿Pero qué quiere decir “coger el corazón de Cristo”? ¿Por qué basta una mirada para robarlo, para poseerlo? ¿Qué sucede cuando miramos a Cristo? ¿Por qué parece que se dé una coincidencia inmediata entre la mirada a Él y la posesión de su Corazón? Pero, en el fondo, cuando hablamos del Corazón de Cristo, ¿de qué hablamos, de qué realidad se trata?

Si estudiamos el término “corazón” en la concordancia del Nuevo Testamento, descubrimos que una sola vez este término se refiere al mismo Jesús. Es en el famoso pasaje de Mateo 11,28-30: “Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviare. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”.

El mismo Jesús habla solamente aquí de su corazón, calificándolo de “manso y humilde”. Por lo tanto, lo define esencialmente en su relación con los demás, una relación que promete como descanso para la vida, sobre todo de quien está “cansado y agobiado”; una relación que no ofrece solamente como descanso, sino también como modelo para seguir, para aprender, para hacer nuestra. El Corazón de Cristo, como decía retomando el himno a la caridad de san Pablo, es una relación nueva de Cristo con nosotros, que quiere convertirse en una relación nueva de nosotros con los demás, la relación de Cristo con todos. Sin usar jamás el término “corazón” para Cristo, Juan transmitirá el mismo mensaje de Jesús en términos de amor, de ágape, de caridad: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13,34). “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,9-14).

Porque es reflejo de Su relación con el Padre, la relación que Cristo instaure con nosotros y entre nosotros, es la verdadera naturaleza de su Corazón, de su Amor. El Corazón de Cristo es su Comunión con el Padre que se hace nuestra, que podemos robar con una mirada que acepta la comunión de Cristo con nosotros, su amor con nosotros, su amistad. Por esto, como decía, es el don más grande, porque la Comunión es la vida misteriosa de Dios de la que participa el hombre en el don del Hijo y, gracias a Él, en Él, por Él, del Espíritu Santo que Lo une al Padre.

El Esposo que suplica a la paloma que le mire y le hable, le pide en el fondo que acepte la comunión con Él en la que irrumpe en nuestro corazón la Comunión de Cristo con el Padre y su caridad universal. Nos cambia el corazón porque nuestra alma acoge así la gracia de la relación filial con Dios y fraterna con todos. El corazón está allí donde cada hombre, a imagen de Dios, es capaz de ser sujeto de relación de amor, de comunión.

Decía que hay una sola vez el término corazón referido a Cristo, pero es como una gota de rocío en la que se refleja todo el Evangelio, que no hace más que ilustrar en todos los hechos y las palabras de la vida del Señor el acontecimiento del Verbo que se ha hecho carne y habita en medio de nosotros (cfr. Jn 1,14), es decir, que ha establecido una relación con cada uno de nosotros.

San Juan ha vivido totalmente poseído por este hecho, y en su primera carta, ya anciano, revela un asombro fresquísimo ante este don del Corazón de Dios, de la comunión de Dios, con el hombre, como si no consiguiera todavía comprenderlo: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, – pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó – lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo." (1 Jn 1,1-4)

Quizá es precisamente este comienzo de la primera lectura del discípulo que Jesús amaba, que escuchó el latido del Corazón de Cristo en la última Cena, que vio el costado abierto, quizá esta es la mejor descripción neotestamentaria del versículo del Cantar que estamos siguiendo. "Lo que hemos visto y oído": abriéndose a la relación con Cristo, mostrándole el rostro y haciéndole oír su voz, dándole su mirada tan deseada, – la mirada virgen que amó solo a Jesús –, Juan ha tomado consigo el Corazón de Cristo, el Corazón de comunión de Cristo, que se convierte en todo el anuncio y el testimonio que el apóstol quiso dar durante su vida: "...os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo".

Por lo tanto, cuando Jesús dice: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”, define su Corazón como relación, pero como relación que tiene su cualidad ontológica específica. ¿Qué quiere decir una relación mansa y humilde? Esencialmente una relación en la que el “tú” se prefiere al “yo”, en la que el amor al otro, la atención al otro, son más determinantes que la afirmación de uno mismo.

Recordemos a san Pablo: “El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor 13,4-7). Uno puede buscar la afirmación de sí mismo hablando “las lenguas de los hombres y de los ángeles”, usando el “don de profecía”, en el conocimiento de “todos los secretos”, “moviendo las montañas” a fuerza de fe, y sacrificando en el martirio el cuerpo y la vida. Sin embargo, la caridad es aquella relación con todos y con todo que consiste en el no afirmarse a sí mismo, en afirmar un “tú”. El Corazón de Cristo es esto, en la relación de amor obediente al Padre, en la relación con los hombres como un poner la propia vida al servicio del otro, al servicio de todos.